

EL DOLOR EN FREUD


Zanchettin, Joceline Fátima

Consejo Nacional de Investigación Científica y Técnica – CONICET/AR.

joczanch@hotmail.com

RESUMEN

El dolor es parte de la existencia humana. Circunscrito a este campo conlleva particularidades que deben ser investigadas y desarrolladas. Freud es uno de los que se dedican a investigar el estatuto del dolor en el hombre. Teniendo la clínica como base, interroga y se deja interrogar por el dolor físico y psíquico de sus pacientes. El presente escrito tiene por objetivo ubicar las principales referencias freudianas sobre el tema del dolor. No pretendemos agotar este amplio campo de investigación y desarrollo, ni siquiera en Freud, apenas acotar cierto campo de hipótesis y desarrollos posibles sobre el tema del dolor en Freud, teniendo como base los aportes lacanianos. A partir de la exégesis de los principales textos accederemos a la complejidad propia al tema investigado. Desde el *Manuscrito G – Melancolía* (1895) y *Duelo y Melancolía* (1915) definiremos el dolor propio de la Melancolía, diferenciándolo del duelo y de lo que se tramita a nivel de la falta. A partir del *Proyecto de Psicología* (1950 [1895]) delimitaremos ejes que se conectan con el *Más allá del principio de placer* (1920) e *Inhibición, síntoma y angustia* (1926). Desde esta perspectiva, abordaremos el dolor como uno de los momentos constitutivos del yo (sujeto): la vivencia de satisfacción y la vivencia de dolor. El dolor como la genuina reacción frente a la pérdida del objeto. El dolor como pseudo pulsión en la medida en que es el más imperioso de los procesos, la presencia más imperativa del cuerpo. Ubicaremos en el “supuesto extraño” que irrumpe en el sistema un intruso necesario en la medida en que da lugar a lo “no ligado”. El dolor planteado en estos términos se articula a *Das Ding*: la cosa freudiana. En este punto, el dolor encuentra en el grito su más fiel representante. Con relación al enlace entre dolor y grito abordaremos las referencias freudianas y buscaremos en Lacan un modo de leerlas desde el *Das Ding*. Desde Freud se evidencian varios momentos: 1) el grito como exutorio del dolor; 2) el grito que engendra una acción específica en la descarga del dolor; 3) el grito como efecto del dolor; 4) el grito como causa del dolor; 5) el grito como “entendimiento” entre el lactante y el otro de los primeros cuidados; 6) el grito que encarnar el dolor, un dolor que no se siente, un grito que no se oye. El grito que, además de la función de descarga, se presta al “entendimiento” entre el lactante y el otro de los primeros cuidados se articula al advenir del superyó: pues, para Freud, el desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales. Igualmente, el desvalimiento del ser humano nos lleva a interrogar el



estatuto del “entendimiento” propuesto por Freud y reconocer en él lo que en verdad opera y que es del orden de la suposición. Con relación al grito que no se oye, nuestra principal referencia lacaniana es el *Seminario XII – Problemas cruciales para el psicoanálisis (1965)*, donde Lacan toma como elemento de su enseñanza sobre el dolor y el grito la obra *El grito* de E. Munch. De acuerdo a esta perspectiva, el dolor encarnado en el grito no es sin el lenguaje, pues justamente es efecto de éste. Es en el abismo del grito que se precipita el silencio, es decir, el grito sostiene el silencio, no lo contrario. Lo sostiene en la medida en que es voz. El grito, en tanto dolor y silencio, pasa a ser la expresión más fiel del objeto voz, él que tanto conmueve la experiencia analítica. El dolor, para Freud, asume distintas presencia y consistencias a lo largo de la existencia del ser hablante. Freud, al dejarse interrogar por el dolor de sus pacientes, interroga al cuerpo del doliente construyendo palabras ahí donde necesariamente el cuerpo silencia.

Palabras claves: dolor – grito – cuerpo - silencio

TRABAJO COMPLETO

I. Una inspiración

El DOLOR por Alfonsina Storni.

Quisiera esta tarde divina de octubre

Pasear por la orilla lejana del mar;

Que la arena de oro, y las aguas verdes,

Y los cielos puros me vieran pasar.

Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,

Como una romana, para concordar

Con las grandes olas, y las rocas muertas


Y las anchas playas que ciñen el mar.

Con el paso lento, y los ojos fríos

Y la boca muda, dejarme llevar;

Ver cómo se rompen las olas azules

Contra los granitos y no parpadear



Ver cómo las aves rapaces se comen
Los peces pequeños y no despertar;
Pensar que pudieran las frágiles barcas
Hundirse en las aguas y no suspirar;

Ver que se adelanta, la garganta al aire,
El hombre más bello; no desear amar...
Perder la mirada, distraídamente,
Perderla, y que nunca la vuelva a encontrar;


Y, figura erguida, entre cielo y playa,
Sentirme el olvido perenne del mar.

Inspirada en este hermoso poema de Alfonsina Storni, poeta argentina que nació en Suiza en 1892 y murió en Mar del Plata en 1938, interrogo: ¿Qué es el dolor?

II. El dolor en Freud

En el *Apartado VI* del *Manuscrito G* (1895), Freud plantea la melancolía en términos de “*Inhibición psíquica con empobrecimiento pulsional, y dolor por ello*” (Freud, 1895:244). El autor ubica en la melancolía una suerte de recogimiento dentro de lo psíquico, que tiene un efecto de succión sobre las magnitudes contiguas de excitación. El dolor proviene de la soltura de estas asociaciones. “[...] Como inhibición, este recogimiento tiene el mismo efecto de una herida, análogamente al dolor. [...] en la melancolía el agujero está en lo psíquico” (Freud, 1895:246;247). El autor retoma tal desarrollo en *Duelo y Melancolía* (1915) al afirmar que “El complejo melancólico se comporta como una herida abierta, atrae hacia sí desde todas partes energías de investidura (que en las neurosis de transferencia hemos llamado “*contrainvestidura*”) y vacía al yo hasta el empobrecimiento total [...]” (Freud, 1915:250).

La melancolía planteada en términos de una herida abierta que encarna el dolor en un agujero en lo psíquico se diferencia del duelo, pues mientras en éste la pérdida se da a nivel del objeto en la melancolía atañe a la estructura del yo. Por la herida abierta se dispersa la libido, se vacía al yo. Se evidencia ahí una suerte de acercamiento por oposición entre la melancolía, donde se vacía al yo, y las neurosis narcisistas, donde se infla al yo. En definitiva, en ambos casos, la libido deja de circular, no vistiendo más al cuerpo del sujeto. En el caso de la melancolía no opera la identificación que conserva




un rasgo parcial del objeto, se cadaveriza al yo bajo la sombra del objeto perdido. El yo queda reducido a un puro desecho, deslibidinizado. Entonces, lo que particulariza la melancolía es justamente la imposibilidad del duelo de la pérdida, operatoria que supone necesariamente la inscripción de la falta. Más adelante, Freud va a plantear que la pérdida del objeto es particularmente doliente. Lo que nos lleva a proponer que en el caso de la melancolía la pérdida que no logró inscribirse en tanto falta adviene dolor, se encarna en la herida abierta que a todo succiona, una suerte de agujero negro.

En el *Proyecto de Psicología (1950 [1895])*, luego de definir, en el *Apartado 5- El problema de la cantidad*, la arquitectura del sistema nervioso en términos de apartamiento, es decir, descarga de la cantidad de energía (Qn^1) de las neuronas, el dolor pasa a ser él que rompe con el dispositivo de protección de tal sistema. En el *Apartado 6- El dolor*, Freud escribe: “El sistema de neuronas tiene la más decidida inclinación a *huir del dolor*. Discernimos en ello la exteriorización de la tendencia primaria dirigida contra la elevación de la tensión Qn , e inferimos que el dolor consiste en *la irrupción de grandes Q^1 hacia Ψ^1* ” (Freud, 1895:351). El dolor en tanto irrupción de grandes cantidades, pone en movimiento tanto el sistema φ (*sistema de neuronas pasaderas*) como al Ψ (*sistema de neuronas impasaderas*), pues para él no hay impedimento de conducción, “[...] es el más imperioso de todos los procesos” (Freud, 1895:351).

El dolor en Freud también toma la consistencia de una de las vivencias constitutivas del campo de lo humano: tenemos la vivencia de satisfacción y la vivencia de dolor. Del lado de la vivencia de satisfacción, se inaugura el deseo en el acto mismo de la pérdida que allí se instituye -lo que no ocurre sin el dolor- cuyo resto es *el afecto*. Según Freud (1905), el dolor produce en Ψ^1 : “1) un gran acrecentamiento de nivel que es sentido como displacer por ω (*sistema de neuronas de percepción*); 2) una inclinación de descarga, que puede ser modificada según ciertas direcciones, y 3) una facilitación entre esta y una imagen-recuerdo del objeto excitador de dolor. Además, es indiscutible que el dolor posee una *calidad* particular, que se hace reconocer junto al displacer” (Freud, 1895:364; 365). Entonces, se define que dolor y displacer son solidarios entre sí y acceden al campo de la memoria (imagen-recuerdo).

Freud sigue diciendo que “un apuntalamiento para este supuesto extraño, pero indispensable, lo proporciona la conducta del desprendimiento sexual” (Freud, 1895:366). No sin efectos, según nuestra lectura, es el término que el autor utiliza para nombrar la experiencia de dolor: a saber, “este supuesto extraño”. Tal término nos remite al carácter de intruso de lo más familiar, es decir, nos conecta al siniestro, que a su vez nos conduce al campo de lo traumático, del horror, de lo real, es decir, de lo que excede al sistema. Siguiendo a Freud, esto que excede, que asume carácter de “supuesto extraño”, es indispensable al propio sistema, por eso lo plantea en términos constitutivos del campo de lo humano.



Al ser indispensable, inaugura una suerte de agujero en este sistema, dando lugar a lo que no se reconoce como propio.

En *Más allá del principio de placer (1920)*, Freud propone:


“Llamemos *traumáticas* a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo. Creo que el concepto de trauma pide esa referencia a un apartamiento de los estímulos que de ordinario resulta eficaz. Un suceso como el trauma externo provocará, sin ninguna duda, una perturbación enorme en la economía {*Betrieb*} energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa. Pero en un primer momento el principio de placer quedara abolido. Ya no podrá impedirse que el aparato anímico resulte anegado por grandes volúmenes de estímulo; entonces, la tarea planteada es más bien esta otra: dominar el estímulo, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente a fin de conducirlos, después, a su tramitación” (Freud, 1920:29).

Lo traumático, según Freud, está en relación a una energía libre que penetra violentamente en el aparato, el principio de placer ya no es el único que ahí responde. El más allá del principio de placer da lugar al “no ligado”, es decir, a este resto constitutivo, energía que siempre retorna.

Freud, en el mismo texto, sigue y plantea: “Es probable que el displacer específico del dolor corporal se deba a que la protección antiestímulo fue perforada en un área circunscrita [...]” (Freud, 1920:30). Lo que lleva a concentrar en el entorno del punto de intrusión una investidura energética que resista, mismo que al precio de una extensa parálisis o rebajamiento de cualquier otra operación psíquica. Entonces, el displacer específico del dolor corporal se circunscribe en un punto determinado de intrusión, desde donde el órgano responde por el todo. Así “Dice Wilhelm Busch, acerca del poeta con dolor de muelas: «En la estrecha cavidad de su muela se recluye su alma toda»” (Freud, 1914:79). El dolor pone en escena el cuerpo de una forma muy particular.

En el *Apartado C – Angustia, dolor y duelo, del texto Inhibición, síntoma y angustia (1926 [1925])*, Freud trabaja la angustia, el duelo y el dolor en relación a la pérdida del objeto y se dedica a diferenciarlos. Nombra en el duelo un rasgo que quedó incomprendible: su carácter particularmente doliente. Y declara ser evidente que la separación del objeto deba ser dolorosa. A partir de la angustia del lactante frente a la pérdida del objeto y de la particular función del *fort-da* en la inscripción de esta pérdida, Freud plantea que:

“La situación en que echa de menos a la madre es para él, a consecuencia de su malentendido (desaparición), no una situación de peligro, sino traumática (añoranza – reacción de dolor) o, mejor dicho, es una situación traumática cuando registra en ese momento una necesidad que la madre debe satisfacer; se muda en situación de peligro cuando esa necesidad no es actual. La primera condición de




angustia que el yo mismo introduce es, por lo tanto, la de la pérdida de percepción, que se equipara a la de la pérdida del objeto. Todavía no cuenta una pérdida del amor. Más tarde la experiencia enseña que el objeto permanece presente, pero puede ponerse malo para el niño, y entonces la pérdida de amor por parte del objeto se convierte en un nuevo peligro y nueva condición de angustia más permanentes” (Freud, 1926:159). De allí concluye el autor: “El dolor es, por tanto, la genuina reacción frente a la pérdida del objeto; la angustia lo es frente al peligro que esa pérdida conlleva, y en ulterior desplazamiento, al peligro de la pérdida misma del objeto” (Freud, 1926:159).

Entonces, en el *Proyecto* el dolor es la cantidad (Q) que irrumpe en el sistema rompiendo con cualquier impedimento. Ya en la reproducción de la vivencia de dolor –en *el afecto*- solo sobreviene la Q que inviste al recuerdo, siendo que por la “[...] investidura de recuerdos es desprendido {desligado} displacer desde el interior del cuerpo” (Freud, 1895: 365; 366). En este sentido, dolor y vivencia de dolor son dos presencias distintas de esto que irrumpe en el sistema. Más adelante el autor va decir que “un apuntalamiento para este supuesto extraño (el dolor), pero indispensable, lo proporciona la conducta del desprendimiento sexual” (Freud, 1895:365). Y, en *Más allá del principio de placer (1920)* el autor define lo traumático como energía libre que penetra violentamente en el aparato. Lo traumático da lugar a lo no ligado y se conecta con el dolor en términos de “supuesto extraño”, aparente intruso que llamativamente cumple función constitutiva. Cuando se refiere al dolor corporal, plantea que éste es efecto de la perforación de la protección antiestímulo en un área circunscrita, es decir, en este caso el órgano responde por el todo del ser. Y, en *Inhibición, síntoma y angustia (1926 [1925])*, el dolor es la genuina reacción frente a la pérdida del objeto, siendo que la angustia lo es frente al peligro que esta pérdida conlleva. Para Freud la pérdida del objeto está íntimamente relacionada a la percepción, y de eso trataremos a seguir.

III. Breve reflexión

Lo que primero se evidencia con relación a lo planteado por Freud, es que el dolor (sea físico o psíquico) es algo construido en relación al otro de los primeros cuidados. No hay dolor si el cuerpo no esté envuelto por la libido, pues de eso se trata lo real del cuerpo. Lo orgánico/biológico solo adviene cuerpo si es sellado por el otro de los primeros cuidados que opera desdoblándose en las más diversas funciones. En este sentido, el cuerpo adviene en el colorido de la pulsión. El dolor es uno de los modos más imperativos de la presencia del cuerpo. No hay como huir de él, no hay barrera que lo pare. Justamente por eso es que Freud plantea que el dolor es una pseudo pulsión, pues se acerca al “empuje” de la pulsión en la medida en que es constante e inevitable.



Lo mismo se podría sostener desde Lacan, ubicadas las diferencias con relación al Otro. Según este autor, el sujeto es efecto de lenguaje, es decir, se constituye de afuera para adentro. Siguiendo esta lógica, en *Radiofonía y Televisión* (1970-73), afirma que el cuerpo es un obsequio del lenguaje. Si el cuerpo es un obsequio del lenguaje y el dolor una presencia imperativa del cuerpo, el dolor es testigo de esta operatoria. En este sentido, remite, por un lado, a las primeras marcas y, por otro, a la condición misma del ser hablante: a saber, su “dolor de ex-sistir”. El desarrollo lacaniano del grito, que toma en cuenta cierta lectura freudiana, nos permitirá ahondar en lo recién expuesto. Vayamos a él.

En el Proyecto, Freud se refiere al grito, inicialmente, como un exutorio de dolor, es decir, una descarga motriz donde se disipa el aumento intolerable de las excitaciones. A lo largo del desarrollo lo que era en sí mismo una descarga motora engendra una acción específica, ahora responsable por descargar la excitación. También en un primer momento, el grito es una emanación del dolor, pero en la medida que adviene memoria, es decir, se inscribe, puede operar como agente de dolor. Pero, hay algo que particularmente nos interesa. En el Proyecto, Freud plantea que: “[...] Esta vía de descarga [el grito] cobra así la función secundaria, importante en extremo, del entendimiento [...] y el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales” (Freud, 1895: 362;363). Entonces, el grito que es descarga, también se presta, secundariamente, al “entendimiento” entre el lactante y el otro de los primeros cuidados. El desvalimiento del ser humano es del orden de la impotencia. El grito encarna esta impotencia y al ser emitido queda en suspenso. Desde el lugar de conmoción la madre interviene sin saber lo que allí se materializa, apenas supone un sujeto al grito. La “madre”, conmovida por el grito, emite una palabra que al lactante le llega de forma imperativa. Es en este mismo instante, envuelto por este carácter imperativo, que se funda el superyó en tanto conjuga, en su origen acústico, la impotencia y el grito que la encarna.

Con relación a lo que recién nombramos como el “entendimiento” entre el lactante y el otro de los primeros cuidados, cabe aclarar que en realidad nada se comunica, todo se supone. Si bien imprimimos acá un forzamiento al texto freudiano lo consideramos necesario para leer en el grito y el dolor que en él se encarna un llamado al Otro desde el lugar de *Das Ding*: la cosa freudiana. Llamado éste que en tanto grito engendra el silencio y un dolor que no se expresa. Cuando Freud desarrolla en el Proyecto la noción de “complejo perceptivo del semejante”, algo de *Das Ding* se da a conocer en este otro que también es inconstante y desconocido. Lacan, en el *Seminario XII – Problemas Cruciales al Psicoanálisis* (1965) recuerda: “En alguna parte en Freud, está la percepción del carácter primordial de ese agujero del grito. Es a ese nivel que él lo articula y que aparece el *Nebenmensch* (semejante). En ese agujero infranqueable, marcado en el interior de nosotros mismos y al cual no podemos más que aproximarnos

apenas” (Lacan, 1965:94). En este mismo seminario Lacan se propone trabajar el silencio por intermedio de una reproducción de la obra *El grito* de E. Munch, frente a la cual se pregunta:

“¿Qué es ese grito? ¿Quién escuchará ese grito que nosotros no escuchamos, sino el que impone ese reino del silencio, ese que él escucha subir y bajar en este espacio a la vez centrado y abierto? [...] el silencio no es el fondo del grito, no hay una relación de gestalt. El grito parece provocar el silencio, si anulándolo es sensible que él lo causa, lo hace surgir. Le permite tener la nota, es el grito quien lo sostiene y no el silencio. [...] Cuando vemos la imagen de Munch, el grito está atravesado por el espacio del silencio sin que él lo habite. No están ligados ni por ser conjuntos, ni por sucederse. El grito hace el abismo donde el silencio se precipita” (Lacan, 1965:93).

Lo que Lacan remarca en el grito es lo propio de la voz, lo que la distingue de toda cosa modulante en la medida en que es un objeto. La voz como objeto se impone desde la falta, el grito irrumpe y en él se precipita el silencio. “La presencia del silencio no implica que no haya uno que hable. Es allí que el silencio toma eminentemente su cualidad [...]” (Lacan, 1965:94). Como bien nos señala Lacan, el silencio que se precipita en el abismo del grito habita él que habla. En este sentido, el silencio define la demanda en tanto que da lugar al “no es eso”, es decir, “[...] *te pido -¿Qué?- rechazar -¿Qué?- lo que te ofrezco -¿Por qué?- porque no es eso – eso, saben qué es: es el objeto a*” (Lacan, 1973:152). En definitiva, el dispositivo analítico opera desde el silencio que irrumpe en los dichos. Silencio que se precipita en el abismo del grito que encarna el dolor, lo más auténtico de la voz, lo que remite a lo propio de cada ser hablante: el “dolor de ex–sistir”.

IV. Bibliografía

FREUD, S. (1950 [1895]) Proyecto de psicología. *Obras Completas*. V. I. Amorrortu Editores: Buenos Aires, 2004.


FREUD, S. (1895) Manuscrito G. Melancolía. *Obras Completas*. V. I. Amorrortu Editores: Buenos Aires, 2004.

FREUD, S. (1915) Introducción del narcisismo. *Obras Completas*. V. XIV. Amorrortu Editores: Buenos Aires, 2004.

FREUD, S. (1915) Duelo y Melancolía. *Obras Completas*. V. XIV. Amorrortu Editores: Buenos Aires, 2004.

FREUD, S. (1920) Más allá del principio de placer. *Obras Completas*. V. XVIII Amorrortu Editores: Buenos Aires, 2004.

FREUD, S. (1926) Inhibición, síntoma y angustia. *Obras Completas*. V. XX. Amorrortu Editores: Buenos Aires, 2004.



LACAN, J. (1965) *Seminario XII – Problemas Cruciales al Psicoanálisis*. Versión inédita. Escuela Freudiana de Buenos Aires.

LACAN, J. (1970-73) *Televisión*. Radiofonía y Televisión. Barcelona: Anagrama, 1977.

LACAN, J. (1972-73) *Seminario XX – Aun*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
